un esquife con ballestas y escopetas; los de Cortés que tenian los vestidos agenos, se apartaron á unas matas como que buscaban la sombra porque hacia recio sol, y era medio dia, por no ser conocidos, y los del esquife echaron en tierra dos escopeteros, dos ballesteros y un indio, los cuales caminaron derecho á las matas, pensando que los que estaban debajo eran sus compañeros: arremetió luego Cortés con otros muchos y tomáronlos antes que pudiesen meterse en el barco, aunque tambien se quisieron defender, y el uno de ellos que era piloto y traia escopeta encaró al capitan Hircio, y si trajera buena mecha y pólvora le matára: como los de las naves vieron el engaño y burla, no aguardaron mas, è hicieron vela antes que su esquife llegase: de estos siete que cogió, se informó Cortés como Garay habia corrido mucha costa en demanda de la florida, y tocado en un rio y tierra cuyo rey se llamaba *Panuco*, donde vieron oro aunque poco, y que sin salir de las naves habian rescatado hasta tres mil pesos de oro, y habido mucha comida á trueco de cosillas de rescate; pero que nada de lo andado y visto habia contentado á Francisco de Garay, por descubrir poco oro y no bueno. Tornóse Cortés sin otra relacion ni recado á Zempóalan con los mismos cien españoles que trajera, y primero que salió de allí consiguió con los de la ciudad que derribasen los ídolos y sepulcros de los caciques, que tambien reverenciaban como à dioses, y adorasen al Dios del cielo y la cruz que les dejaba, é hizo amistad y confederacion con ellos y con otros lugares vecinos contra Moteuhsoma, y ellos le dieron rehenes para que estuviese mas cierto y seguro que le serian siempre leales, y no faltarian de la fé que le habian dado, y que bastecerian los españoles que dejaba de guarnicion en la Veracruz, y ofrecièronle cuanta gente mandase de guerra y servicio. Cortés tomò los rehenes que fueron hartos; pero los principales eran *Mamexi: teuch, ó Tecuhtli, y Tamallicuhtzin*, y para servicio al ejército de agua y leña, y para carga pidió doscientos tamemes; tamemes son bástages hombres de carga y recua, que llevaban á cuestas dos arrobas de peso por cualquiera parte que los llevan, estos tiraban la artilleria, y llevaban el hato y comida.

CAPITULO 42.

El encarecimiento que Olintletl, ú Olintlec señor de Zacotlàn hizo del poderio de Moteuhsoma á Cortés, y de las grandezas de su córte.

Partió pues Cortés de Zempóalan, que llamó Sevilla, para México, á 16 dias de agosto del mismo año de 1519, con cuatrocientos españoles, quince caballos, seis tirillos, y con mil trescientos indios entre todos así nobles y de guerra, como tamemes, en que cuento los de Cuba. Ya cuando Cortès partió de Zempòalan, no habia vasallo de Moteuhsoma en su ejército que los guiase camino derecho de Mèxico, que todos eran idos, ó por miedo porque vieron la liga, ó por mandado de sus pueblos y señores, y aquellos de Zempòalan no sabian bien el camino. En las tres primeras jornadas que el ejército caminó por tierras de aquellos sus amigos, fuè muy bien recibido y hospedado en especial en Xalapan: el cuarto dia llegó á *Xicuchimatl* que es un fuerte lugar, puesto ladera de una gran sierra, y tiene hechos á manos dos pasos como escaleras para entrar en èl, y si los vecinos quisieran defenderles la entrada con dificultad subieran por allí los peones, cuanto mas los caballos; (21) pero segun despues pareció, tenian mandado de Moteuhsoma de que hospedasen, honrasen y proveyesen á los españoles, y aun dijeron que pues iban à ver á su señor Moteuhsoma, que supiesen de cierto que les era amigo. Este pueblo tiene muchas y buenas aldeas, y alquérias en lo llano: sacaba de allí Moteuhsoma cuando los habia menester cinco mil hombres de pelea: Cortés agradeció mucho al señor el hospedaje y buen tratamiento y la buena voluntad de Moteuhsoma, y despedido de él fué á pasar una sierra bien alta por el puerto, que llamó del Nombre de Dios por ser el primero que pasaba, el cual es tan sin camino, tan áspero y alto, que no lo hay tanto en España, que tiene tres leguas de subida; hay en ella muchas parras con ubas y àrboles con miel: en bajando aquel puerto entró en *Teuhexhuacán* (22) que es otra fortaleza y villa de amigos de Moteuhsoma, donde acogieron à los nuestros como en el pueblo atras; desde allí anduvo tres dias por tierra despoblada, inhabitable y salitrál. Pasaron alguna necesidad de hambre, y mucho mas de sed, á causa de ser agua toda la que toparon salada, y muchos españoles que á falta de dulce bebieron de ella, enfermaron: sobrevínoles asimismo un turbion de piedra, y con ella un frio que los puso en harto trabajo y aprieto, de modo que los españoles pasaron muy mala noche de frio sobre la indisposicion que llevaban, y los indios creyeron perecer, y así murieron algunos de los de Cuba que iban mal arropados, y no hechos á semejante frialdad como la de aquellas montañas. A la cuarta jornada de mala tierra tornaron a subir otra sierra no muy agria, y porque hallaron en la cumbre de ella mil carretadas á lo que juzgaron de leña cortada y compuesta junto de una torrecilla en que habia algunos ídolos, llamaron el puerto de la Leña: dos leguas pasado el puerto era la tierra estèril y pobre; mas lue-

[21] *Así facilitaba la providencia la conquista, como lo nota el padre Clavijero hablando de este estrecho en que los mexicanos pudieron disputar facilmente el paso, como los espartanos à los persas en el célebre estrecho de los Termolipas.*

[22] *Hoy Ixhuacán de los Reyes.*

go dió el ejército en un lugar que dijeron *Castilblanco* por las casas del señor que eran de piedra nuevas, blancas y las mejores que hasta entonces habian visto en aquella tierra, y muy bien labradas de que no poco se maravillaron todos; llàmase en su lengua Zaclotàn ó Zacatlán aquel lugar, y el valle Zacatami, y el señor Olintletl ò Olintlec, el cual recibiò à Cortés muy bien, y aposentó y proveyó á toda su gente muy cumplidamente, porque tenia mandato de Moteuhsoma que lo honrase segun despues él mismo dijo, y aun por aquella nueva, mandamiento ó favor sacrificò cincuenta hombres por alegrias, cuya sangre vieron fresca y limpia, y muchos hubo del pueblo que llevaron á los españoles en hombros y hamácas, que es casi en andas: Cortés les habló con sus farautes que eran Marina y Aguilar, y les dijo la causa de su ida por aquellas partes, y lo demas que á los de hasta allí decia siempre, y al cabo le preguntó si conocia ó reconocia á Moteuhsoma; èl como maravillado de la pregunta respondiò ¿pues quién hay que no sea esclavo ó vasallo de Moteuhsomatzin? entonces le dijo Cortés quien era el emperador rey de España, le rogó que fuese su amigo y servidor de aquel tan grande rey que le decia, y si tenia oro que le diese un poco para enviarle; à esto respondió que no saldria de la voluntad de Moteuhsoma su señor, ni daria sin que èl se lo mandase oro ninguno aunque tenia bastante: Cortés calló á esto y disimuló, que le pareció hombre de corazon, y los suyos gente de forma y guerra; pero rogóle que le dijese la grandeza de aquel su rey Moteuhsoma, y respondió que era señor del mundo, que tenia trescientos señores de vasallos y cada uno cien mil combatientes: que sacrificaba veinte mil personas cada año; que residia en la mas fuerte y linda ciudad de todo lo poblado; que su casa y córte era grandísima, noble, generosa: su riqueza increible, su gasto excesivo, y por cierto que él dijo la verdad en todo, salvo que se alargó algo en lo del sacrificio, aunque en verdad era grandísima carniceria la suya de hombres muertos en sacrificios por todos los templos, y algunos españoles dicen que sacrificaban algunos años cincuenta mil. Estando así en estas pláticas llegaron dos señores al mismo valle à ver los españoles, y presentaron á Cortés cada uno cuatro esclavas y sendos collares de oro de mucha valia. Olintlec aunque tributario de Moteuhsoma era gran señor, y de veinte mil vasallos: tenia treinta mugeres todas juntas y en su propia casa, con mas de cien otras que las servian: tenia dos mil criados para su servicio y guarda: el pueblo era muy grande, y habia en él trece templos, y en cada uno muchos idolos de piedra y diferentes, ante quien sacrificaban hombres, palomas, codornices y otras cosas con zahumerios y mucha veneracion. Aquì y por su territorio tenia Moteuhsoma cinco mil soldados en guarnicion y frontera, y postas de hombres en parada hasta México: nunca Cortés habia entendido tan particularmente la riqueza y poderio de Moteuhsoma; y aunque se le representaban delante muchos inconvenientes, dificultades, temores y otras cosas de su ida á México, oyendo aquellas que á muchos valientes por ventura desmayarian, no mostró punto de cobardia, antes cuantas mas maravillas le decian de aquel gran señor, tanto mayores espuelas le venian de ir à verlo; y porque habia de pasar para ir allá por Tlaxcalan (que todos le afirmaban ser grande ciudad aquella, y de mucha fuerza y belicosísima generacion) despachó cuatro zempoaleses para los señores y capitanes de allí, que de su parte y de la de Zempóalan y confederados, les ofreciesen su amistad y paz, y les hiciesen saber como iban á su pueblo aquellos pocos españoles à verlos y servirlos; por tanto, les rogaba que lo tuviesen á bien. Pensaba Cortés que los de Tlaxcalan harian otro tanto con él, como los zempoaleses que eran buenos y leales, y que como hasta allí le habian dicho siempre verdad, que tambien entonces les podia creer que aquellos tlaxcaltecas eran sus amigos, y holgarian serlo de él y de sus compañeros puesto que eran enemiguisimos de Moteuhsoma, y aun que irian de buena gana con él á México, si hubiesen de hacer guerra por el deseo que tenian de librarse y vengarse de las injurias y daños que habian recibido de muchos años atrás de la gente de Culhúa. Holgó Cortés en Zacotlán cinco dias, que tiene fresca ribera y es apacible gente: puso muchas cruces en los templos derrotando los ídolos como lo hacia en cada lugar que llegaba, y por los caminos. Dejò contento á Olintlectzin, señor de allí, y fuese á un lugar que está dos leguas rio arriba y que era de *Iztacmixtlitàn*, (23) uno de aquellos señores que le dieron las esclavas y collares. Este pueblo tiene á lo llano y ribera dos leguas à la redonda, tantas caserias, que casi tocan unas con otras por donde pasó nuestro ejército, y él era de mas de cinco mil vecinos, y puesto en un cerro alto, y á un lado de él está la casa del señor con la mejor fortaleza de aquellas partes, y tan buena como en España, cercada de muy buena piedra con barbacanas y hondacava; reposò allí tres dias para repararse del camino y trabajo pasado, y por esperar los cuatro mensageros que enviò desde Zacotlán á ver qué respuesta traérian.

---

[23] *Hoy se llama S. Francisco* Ixtacamaxtitlán, *su posicion es fuerte, y muy semejante à la del cerro colorado en Tehuacán de las Granadas que tanto ruido hizo en la última revolucion. En la cima de un cerro se vé aun, una capilla que era punto fortificado por los indios. En adelante darémos idea de estos lugares por una larga nota.*

CAPITULO 43.

Del primer reencuentro que Cortés tuvo con los de Tlaxcálan.

Como tardaban los mensageros se partió Cortés de Zacotán ó Zacatlan sin otra inteligencia de Tlaxcálan. No anduvo mucho su campo despues que salió de aquel lugar, cuando á la salida del valle por donde iba, topó una gran cerca de piedra seca de estado y medio de alta, y veinte pies de ancha, y con pretil de dos palmos por toda ella para pelear desde encima, la cual atraviesa todo aquel valle de una parte á otra, y no tiene mas de una entrada de diez pasos, y en aquella doblada la cerca sobre la otra á manera de rebellin por trecho, y estrecho de cuarenta pasos; de suerte que era fuerte y mala de pasar habiendo quien la defendiese. Preguntó Cortés la causa de estar allí aquella cerca, y quién la habia hecho. Le dijo aquel señor *Iztacmixtlitán* que le acompañó hasta ella, que estaba para atajar como mojon sus tierras de las de Tlaxcálan, y que sus antecesores la habian hecho para impedir la entrada á los tlaxcaltecas en tiempo de guerra, que venian á robarlos y matar por ser amigos y vasallos de Moteuhsoma. Grandeza le pareció á los españoles aquella pared allí tan costosa y fanfarrona, pero inútil y superflua, pues habia cerca otros pasos para llegar al lugar arrodeando un poco; pero con todo, no dejaron de sospechar que los de Tlaxcàlan debian de ser bravos y valientes guerreros, pues tales amparos les ponian delante. Como el ejército se paró à mirar aquella magnífica obra, pensó el señor Iztacmixtlitán que dudaba y temia ir adelante, y dijo y rogó á Cortés que no fuese por allí, pues era su amigo è iba á ver à su señor, ni quisiese pasar ni entrar por tierra de los de Tlaxcálan, que tal vez por quedar su amigo le harian algun daño, y le serian malos como con otros solian, que él le seguiria y llevaria siempre por tierras de Moteuhsoma, donde seria bien recibido y proveido hasta llegar à México: los señores *Mamexic* y los otros de Zempóalan le decian que tomase su consejo, y en ninguna manera fuese por donde *Iztacmixtlitán* le queria encaminar, que era por desviarle de la amistad de aquella provincia, cuya gente era honrada, buena y valiente, y no queria que se juntase con èl contra Moteuhsoma; que no le creyese que era él y los suyos unos malos, traidores y falsos, y le meterian donde no pudiesen salir, y allí los comerian y matarian. Cortés estuvo suspenso un gran rato con lo que unos y otros le decian; pero á la postre se arrimó al consejo de *Mamexic*, porque tenia mas satisfaccion de los zempoaleses y aliados que no de los otros, y por no mostrar miedo, y así prosiguió el camino de Tlaxcálan que comenzó. Despidióse del señor Iztacmixtlitàn, tomó de èl trescientos soldados, y entrò por

aquella puerta de la cerca, y luego con mucha órden y buen recado en todo el camino llevando á punto los tiros, y siempre yendo él de los primeros que adelantaban media y una legua à descubrir el campo, por si hubiese algo volver con tiempo a ordenar su gente, y à escoger buen lugar para batalla ó para Real, y así que tuvo andadas mas de tres leguas desde la cerca, mandó decir á la infanteria que caminase aprisa que era tarde, y èl se fué con los de á caballo cuasi una legua distante, donde subiendo una cuesta dieron los de à caballo que iban delanteros, con unos quince hombres con espadas y rodelas, y con unos penachos que acostumbran traer en la guerra, los cuales eran espias, y como vieron los de à caballo echaron à huir de miedo ó por dar aviso. Llegó Cortés entonces con otros tres compañeros á caballo, y aunque mas voceò y señas hizo no quisieron esperar, y porque no se les fuesen sin tomar lengua corriò tras ellos con seis caballos, y alcanzólos: ya que estaban juntos y remolinados con determinacion de morir antes que rendirse, y señalàndoles que estuviesen quedos, se juntó à ellos pensando tomarlos à manos y á vida; pero ellos no cuidaron sino de esgrimir, y asì hubieron de pelear con ellos: defendiéronse tan bien un rato de los seis que hirieron dos de ellos, y les mataron dos caballos de dos cuchilladas, y segun lo dicen algunos fidedignos que lo vieron, *cortaron de cada golpe un pescuezo de caballo con riendas y todo*, de que quedaron maravillados y atónitos los españoles, y en esto llegaron otros cuatro de à caballo y luego los demas, con uno de los cuales enviò Cortés á llamar corriendo la infanteria porque llegaban ya cerca cinco mil indios en un ordenado escuadron á socorrer y remediar los suyos que los habian visto pelear; mas llegaron tarde para ello porque ya eran todos muertos y alanzeados con enojo, por haber matado aquellos dos caballos, y porque no se quisieron rendir; no obstante pelearon con los de á caballo con muy gentil ánimo y denuedo, hasta que vieron cerca los peones y artilleria, y el otro cuerpo del ejército contrario, y retiràronse entonces dejando el campo á los nuestros. Los de á caballo salian y entraban en los enemigos arremetiendo à su salvo por mas que eran sin recibir daño, y mataron hasta setenta de ellos; luego que se fueron, enviaron á decir á nuestro ejèrcito y al capitan Cortès con dos de los mensageros que allà tenian dias habia, y con otros suyos como los de Tlaxcalan decian, que ellos no sabian de lo que habian hecho aquellos que eran de otras comunidades y sin su licencia; pero que les pesaba y pagarian los caballos por ser muertos en su tierra, que fuesen mucho enhorabuena à su pueblo, que se holgarian de acogerlos y ser sus amigos porque les parecian valientes hombres: todo era recado falso; Cortés se los creyó y les agradeció su buen comedimiento y voluntad, diciendo que iria como ellos querian á ser su amigo, y que no tenia necesidad de paga por sus caballos porque presto le vendrian

muchos de ellos; mas Dios sabe cuanto le pesaba de la falta que le hacian, y de que supiesen los indios que los caballos morian y se podian matar. Pasò Cortès una legua mas adelante de donde le sucedió la pérdida de los caballos, aunque era casi á puestas del sol y venia su gente cansada de haber caminado mucho aquel dia, para poner su Real en lugar fuerte y de agua, y así lo asentó junto à un arroyo donde estuvo esa noche con miedo y con muchas centinelas á pie y á caballo; pero no le dieron ningun sobresalto los enemigos, y así descansó su gente mas de lo que pensaron.

CAPITULO 44.

Que se juntaron ciento y cuarenta mil hombres contra Cortés.

Otro dia con el sol partió Cortés de allí con su escuadron bien concertado, y enmedio de èl el fardaje y artilleria, y ya que llegaban á un pequeño pueblo allí cerquita, toparon con los otros dos mensageros de Zempòalan que fueron desde Zaclotán, que venian llorando, y dijeron como los capitanes del ejèrcito de Tlaxcalan los habian atado y guardado, y que se habian ellos soltado y escapado aquella noche porque los querian sacrificar al otro dia al dios de la victoria y comérselos para dar buen principio á la guerra, y en señal de que habian de hacer lo mismo con los barbudos españoles y con cuantos venian con ellos. Apenas acabaron de contar esto, cuando á menos de tiro de ballesta asomaron por detras de un cerrillo hasta mil indios muy bien armados, y llegaron con un alarido que subia hasta el cielo á tirar dardos como lanzuelas, piedras y saetas á los castellanos. Cortés les hizo muchas señas de paz para que no peleasen, y les hablò con los farautes rogándoselo y requiriéndoselo en forma por ante escribano y testigos como si hubiera de aprovechar, ó entendieran lo que era; y como cuanto mas les decian, tanta mas prisa se daban ellos á combatir pensando desbaratarlos ó meterlos en juego, para que los siguiesen hasta llevarlos à una celada de mas de ochenta mil hombres que les tenian preparada entre unas grandes quiebras de arroyos, que atravesaban el camino y hacian muy mal paso; tomaron los españoles las armas y dejaron las palabras: travóse una gentil contienda porque aquellos mil eran tantos como los que de nuestra parte combatian, y diestros y valientes hombres y en mejor lugar puestos para pelear. Duró muchas horas la batalla, y al cabo ó por cansados ó por meter los enemigos en el garlito donde pensaban tomarlos à bragas enjutas, comenzaron á aflojar y á retirarse ácia los suyos, no desbaratados sino recogidos. Los españoles encendidos en la pelea y matanza que no fué chica, siguiéronlos con toda la gente y fardaje, y cuando menos se cataron entraron en unas acequias y quebradas, y entre infinitísimos indios armados que los aguardaban en ellas. No se pararon por no desordenarse, y pasaronlos con harto temor y trabajo por la mucha prisa y guerra que los contrarios les daban, de los cuales hubo muchos que arremetieron á los de á caballo en aquellos malos pasos á quitarles las lanzas: tan osados y atrevidos eran. Muchos españoles quedáran allí perdidos si no les auxiliasen los indios amigos, y ayudòles tambien mucho el esfuerzo y consuelo de Cortés, que aunque iba en la delantera con los caballos peleando y haciendo lugar, volvia de cuando en cuando á concertar su escuadron y animar la gente. Salieron en fin de aquellas quiebras á campo llano y raso, donde pudieron correr los caballos y jugar la artilleria: dos cosas que hicieron harto daño en los enemigos, y que mucho los maravilló por su novedad, y así luego huyeron todos. Quedaron este dia en el uno y otro reencuentro muchos indios muertos y heridos, y de los españoles fueron algunos heridos, pero ninguno muerto, y todos dieron gracias á Dios que los libró de tanta multitud de enemigos, y muy alegres con la victoria se subieron á poner su Real en un pueblecito que se dice *Tebatzinco*, aldea de pocas casas que tenia una torrecilla y templo donde se hicieron fuertes, y muchas chozas de paja y rama que trajeron despues los tamemes. Hicièronlo tan bien aquellos indios que iban en nuestro ejército de los de Zempòalan y de *Iztacmixtlitàn*, como que por ello les diò Cortés muy cumplidas gracias; ora fuese por miedo de ser comidos; ora, por vergüenza y amistad. Durmieron aquella noche que fuè la *primera de septiembre de* 1519 los españoles mal sueño, con recelo de que no los sobresaltasen los enemigos, pero ellos no vinieron, que no acostumbran pelear de noche. Luego que fué de dia envió Cortès á rogar y requerir à los capitanes de Tlaxcálan con la paz y amistad, y á que le dejasen pasar con Dios por su tierra à México, que no iba á hacerles enojo ni mal ninguno. Dejò doscientos españoles y la artilleria y tamemes en el Real: tomó otros doscientos y los trescientos de Iztacmixtlitàn y hasta cuatrocientos zempoales, y salió á recorrer el campo con ellos y con los caballos antes que los de la tierra se pudiesen juntar: fué y quemò cinco ó seis lugares, y se volvió con hasta cuatrocientas personas presas sin recibir daño, aunque le siguieron peleando hasta la torre y Real donde halló la respuesta de los capitanes, la cual era que otro dia vendrian á verle y á responderle como veria. Cortés estuvo aquella noche muy á recado, porque le pareció brava respuesta y determinada para hacer lo que decian, mayormente que le certificaban los prisioneros que se juntaban ciento cincuenta mil hombres para venir sobre el otro dia, y tragarse vivos los españoles á quienes querian muy mal, creyendo eran muy amigos de Moteuhsoma, al cual deseaban la muerte y todo mal; y así era verdad, porque los de Tlaxcálan juntaron toda la gen-

te posible para tomar los españoles, y hacer de ellos los mas solemnes sacrificios y ofrendas á sus dioses que jamas se hubiesen hecho, y un banquete general de aquella carne que llamaban celestial. Repàrtese Tlaxcalan en cuatro cuarteles ó apellidos que son *Tepeticpac*, *Ocotelulco*, *Tizatlán y Quyahuiztlán*, que es como decir en romance los Serranos, los del Pinar, los del Yeso y los del Agua: cada apellido de estos tiene su cabeza y señor á quien todos acuden y obedecen, y estos así juntos hacen el cuerpo de la repùblica y ciudad, mandan y gobiernan en paz y en guerra tambien; y así aquí en ésta hubo cuatro capitanes de cada cuartel el suyo; pero el general de todo el ejército fué uno de ellos mismos que se llamaba *Xicohtencatl*, y era de los del Yeso, y llevaba el estandarte de la ciudad que es una águila de oro con las alas tendidas y muchos esmaltes y argenteria; traiala detras de toda la gente como es su costumbre estando en guerra, que cuando no, adelante vá. El segundo capitan era Maxiscatzin: el número de todo el ejército era casi ciento cincuenta mil hombres de combate, tanta junta y aparato hicieron contra cuatrocientos españoles, y al cabo fueron vencidos y rendidos aunque despues amigos grandísimos. Vinieron pues estos cuatro capitanes con todo su ejército que cubria el campo, á ponerse cerca de los españoles, una gran barranca no mas enmedio: el otro dia siguiente como prometieron, y antes que amaneciese. Era gente muy lucida y bien armada segun ellos usan, aunque venian pintados con bixa y xagua, (24) que mirados el gesto parecian demonios; traian grandes penachos y campeaban á maravilla; traian hondas, varas, lanzas, espadas que acá llaman bisarmas, arcos y flechas sin yerbas; (25) traian asimismo cascos, braceletes y grevas de madera, (26) mas doradas y cubiertas de pluma ò cuero; las corazas eran de algodon, las rodelas y bròqueles muy galanos y no mal fuertes, que eran de recio palo y cuero, y con laton y pluma; las espadas de palo de encino curadas, y pedernal engastado en èl por el canto, y de navajas negras que cortan bien como acero templado, y hacen mala herida. El campo estaba repartido por sus escuadrones, y cada uno tenia muchas vocinas, caracoles y atabales, que cierto era bien de mirar, y nunca españoles vieron junto mejor ni mayor ejèrcito de Indias despues que las descubrieron.

CAPITULO 45.

Los grandes fieros que hacian á los españoles los de Tlaxcálan.

Estaban feroces aquellos y habladores, y diciendo entre

[24] *Es decir bermellon y negro que da la fruta* xagua.
[25] *Especie de botas para cubrir las piernas.*
[26] *Sin veneno.*

sì mismos, ¿quê gente poca y loca es ésta que nos amenaza sin conocernos, y se atreve á entrar en nuestra tierra sin licencia y contra nuestra voluntad? no váyamos á ellos tan presto, dejèmoslos descansar que tiempo tenemos para tomarlos y atarlos; enviémosles de comer que vienen hambrientos, no digan despues que los tomamos por hambre y de cansados; y así les enviaron luego trescientos gallipabos, y doscientas cestas de bollos de centli (27) que es su pan ordinario, que pesaban mas de cien arrobas, lo cual fuè gran refrigerio y socorro para la necesidad que tenian. De allí á poco dijeron, vamos á ellos que ya habrán comido, comerémoslos y nos pagarán nuestros gallipabos y tortas, y sabrémos quien les mandó entrar acá; y si es Moteuhsoma venga y librelos; y si es su atrevimiento lleven el pago. Estos y semejantes fieros y liviandades hablaban entre sì unos con otros viendo tan poquitos españoles por delante, y no conociendo aun sus fuerzas y coraje. Aquellos cuatro capitanes enviaron luego hasta dos mil de sus mas esforzados hombres y soldados viejos al Real, á tomar los españoles sin hacerles mal: mandóseles que si tomasen armas y se les defendiesen, que los atasen y trajesen por fuerza ó los matasen; mas ellos no quisieron, diciendo que ganarian mucha honra en tomarse todos con tan poca gente. Los dos mil pasaron la barranca y llegaron á la torre osadamente: salieron los de á caballo y tras ellos los de á pie, y á la primera arremetida les hicieron conocer cuanto cortaban las espadas de hierro: á la segunda les mostraron para cuanto eran aquellos pocos españoles que poco antes ultrajaban, y á la otra les hicieron huir gentilmente: de los que ellos venian à prender no escapó hombre ninguno, sino los que acertaron á tomar el paso de la barranca. Corriò entonces la demas gente con grandisima griteria hasta llegar al Real de los españoles, y sin que les pudiesen resistir entraron dentro muchos de ellos, y anduvieron á las cuchilladas y brazos con los cristianos, los cuales tardaron un buen rato en matar y echar fuera aquellos que entraron saltando el balladár, y estuvieron peleando mas de cuatro horas con los enemigos, antes que pudiesen hacer plaza entre el balladár y los enemigos que le combatian. Al cabo de aquel tiempo aflojaron reciamente viendo los muchos muertos de su parte y las grandes heridas, y que no mataban à nadie de los contrarios, aunque no dejaron de hacer algunas arremetidas hasta que fuè tarde y se retiraron, de lo que se alegró mucho Cortés y los suyos, que tenian los brazos cansados de matar indios. Mas alegria tuvieron aquella noche los españoles que miedo, por saber que con lo obscuro no pelean los indios, y asi descansaron y durmieron mas á placer que hasta allí, aunque con buen recado en las estancias y muchas velas y escuchas por todo. Los indios aunque echaron me-

[27] *Tamales. Centli, es maiz.*

nos muchos de ellos, no se tuvieron por vencidos segun lo que despues demostraron. No se pudo saber cuantos fueron los muertos, pues ni los indios tuvieron cuenta, ni los nuestros lo indagaron. El otro dia por la mañana salió Cortés á talar el campo como la otra vez, dejando la mitad de los suyos á guardar el campamento, y por no ser sentido antes que hiciese el daño, partió antes del dia, quemó mas de diez pueblos, y saqueó uno de tres mil casas en el cual habia poca gente de pelea. Como estaba allí junta todavia pelearon los que dentro estaban, y mató muchos de ellos, le puso fuego, y se tornó á su fuerte sin mucho daño y con mucha prisa á medio dia, cuando ya los enemigos cargaban á mas andar para despojarle y dar en el Real, los cuales luego vinieron como el dia antes trayendo comida y braveando; pero aunque combatieron el Real y pelearon cinco horas, no pudieron matar español ninguno muriendo de los suyos infinitos, que como estaban apretados hacia r za en ellos la artilleria: quedó por ellos el pelear y por los españoles la victoria: pensaban que eran encantados, pues no les ofendian sus flechas. Luego al otro dia enviaron aquellos señores y capitanes tres suertes de cosas por presente á Cortés, y los que las trajeron le dijeron: señor veis aquì cinco esclavos, si sois dios bravo que comeis carne y sangre, comeos estos, y traerémos mas; si sois dios bueno, hé aquí incienso y plumas; si sois hombre, tomad aves, pan y cerezas. (28) Cortés les dijo como él y sus compañeros eran hombres mortales, ni mas ni menos que ellos, y que pues siempre les decia verdad, que por qué trataban con èl mentira y lisonjas, y que deseaba ser su amigo, que no fuesen locos ni porfiados en pelear, que recibirian siempre un gran daño: que ya veian cuantos mataban de ellos sin morir ninguno de los españoles, con esto los despidió; mas no por eso dejaron de venir luego mas de treinta mil de ellos á tentar las corazas à los nuestros á su propio Real como los dias antes; pero tornáronse descalabrados como siempre. Es aquí de saber, que aunque llegaron el primer dia todos los de aquel gran ejèrcito á combatir el cuartél, y á pelear juntos, que los otros siguientes no llegaron asì, sino cada trozo por si para repartir mejor el trabajo y mal por todos, y porque no se embarazasen unos con otros con la multitud; pues no habian de pelear sino con pocos y en lugar pequeño, y aunque por esto eran mas recios los combates y batallas que cada apellido de aquellos pugnaba por hacerlo mas valientemente, para ganar mas honra si matasen ò prendiesen algun español, porque les parecia que todo su mal y vergüenza recompensaba la muerte ò prision de algun castellano solo; tambien es de considerar los convites y peleas, porque no solo estos dias hasta aqui, pero ordinariamente todos los quince ò mas dias que estuvieron allí los

[28] *O capulines.*

españoles, ya peleasen ó no, les llevaban unas tortillas de pan y gallipabos y cerezas; pero no lo hacian por darles de comer, sino por saber que daño habian ellos hecho, y que ànimo tenian los nuestros ó que miedo: esto no entendian los españoles, y siempre decian que los de Tlaxcàlan cuyos ellos eran, no peleaban sino ciertos bellacos otomíes que andaban por allí desmandados, que no reconocian superior por ser de unas behétrias que estaban detras de las sierras, y eran libres y serranos, gente valiente como los arábes en Africa que pelean desnudos con arco y flechas, y asì son propios chichimecas naturales, y viven entre peñas y montañas, que en poblado nunca viven, y asi los amigos nos señalaron su vivienda con el dedo. (29)

CAPITULO 46.

Como Cortés mandó cortar las manos á cincuenta espias.

Al siguiente dia tras los presentes como á dioses, (que fué el 6 de septiembre) vinieron al Real hasta cincuenta indios de los de Tlaxcálan, honrados segun su manera, y dieron á Cortés mucho pan, cerezas, gallipabos que traian de comida ordi-

[29] *Para la inteligencia de este capitulo es menester tener presente lo que ha escrito el padre Clavijero. La escaramuza en que perdieron los españoles dos caballos hecha el* 31 *de septiembre de* 1519, *les hizo concebir temor, el cual se les aumentó el* 5 *de septiembre en el punto de* Teóatzinco, *ó sea lugar de la agua* divina *(otros llaman* Teóacatzinco*). Fortificados allí los castellanos, el general Xicohtèncatl con dos mil hombres los asaltó en sus trincheras: allí pudieron ser facilmente destruidos los de Cortés; pero cuando ya se declaraba la victoria por los tlaxcaltecas sobrevino una ocurrencia inesperada que les arrancó el triunfo de las manos. El hijo de* Chichimecatl Tecuhtli, *que comandaba las tropas de su padre, habia sido injuriado por* Xicohtencatl, *desafióle, y no quiso aceptar el reto, mas por un efecto de venganza retiró en la mejor sazon las que mandaba, é indujo á que hiciesen lo mismo á las de* Tlehuexólotzin *que mandaba las de Huexotzinco. Con retirada tan inoportuna se rehicieron los españoles, é hicieron una salida en órden, empeñándose de nuevo otra accion que duró cuatro horas, en la que murieron muchos tlaxcaltecas, cuyos cadáveres no vieron los españoles porque cuidaron de retirarlos; fueron heridos todos los caballos y sesenta españoles. Estas pérdidas las ocultó Cortés á Carlos V en su relacion, y lo invulnerable de los españoles lo atribuye el señor Lorenzana à milagroso, comparàndolos con los ilustres Macabéos aunque* è toto cœlo disten unos bandìdos de unos hombres que defendian su patria, y su religion. *Para los españoles todos son milagros, ó duendes y maleficios.*

naria, y preguntáronle como estaban los españoles y que querian hacer, y si habian menester alguna cosa, y tras esto anduviéronse por el real mirando los vestidos y armas de España, los caballos y artilleria, y hacian de los bravos y maravillados, aunque á la verdad tambien se maravillaban deveras; pero todo su motivo era andar espiando. Entonces llegó á Cortès aquel capitan tan amigo que se decia *Théuc* de Zempóalan, hombre sagaz, experto y criado de niño en la guerra, y díjole que no le parecian bien aquellos tlaxcaltecas, porque miraban mucho las entradas y salidas, lo flaco y fuerte del Real, por eso que supiese si eran espias aquellos bellacos. Cortes le agradeció el buen aviso, y se maravilló como èl ni español alguno no habian dado de aquello aviso en tantos dias que entraban y salian indios de los enemigos en su Real con comida, y habia caido en aquello aquel zempoalès; y no fué por ser aquel indio mas agudo y discreto y sàbio que los españoles, sino porque vió y oyó á los otros como andaban y hablaban con los de Iztacmixtlitán para sacar de ellos por puntillos lo que querian saber. Asi que conoció Cortès que no venian por hacerle bien sino á espiar, luego mandó tomar al que mas á mano y apartado estaba de la compañia, y meterle secretamente donde no lo viesen, y asi lo examinó con Marina y Aguilar, y luego confesò como era espion, que venia á ver y notar los pasos y cabos por donde mejor le pudiesen dañar y ofender, y quemar aquellas sus chozuelas, y que por cuanto ellos habian probado la fortuna á todas las horas del dia, y no les sucedia nada á su propósito, ni á la fama y antigua gloria que de guerreros tenian, acordaban venir de noche, y quiza tendrian mejor ventura, y aun tambien porque no temiesen los suyos de noche y con la obscuridad á los caballos, ni las cuchilladas y estrago de los tiros de fuego, y que Xicohténcatl su capitan general estaba ya para tal efecto, con muchos millares de hombres detras de ciertos cerros en un valle frontero y cerca del Real. Como Cortés oyò la confesion de este, hizo luego tomar otros cuatro ó cinco cada uno aparte, y confesaron asimismo como ellos y todos los que en su compañia venian eran espias, y dijeron lo mismo que el primero casi por los mismos términos; y así por los dichos de estos los prendió á todos cincuenta, y allí les hizo cortar (30) á todos las manos, y envióles à su ejército, ó amenazando que otro tanto haria á todos los espiones que tomase, y que dijesen á quien los envió que de dia y de noche, y cada cuando que viniesen, verian quien eran los españoles. Grandísimo pavor tomaron los indios de ver cortadas las manos á sus espias, cosa nueva para ellos, y creian

[30] *No sè por qué principio podria cohónestar Cortés este procedimiento; valia mas que les hubiese decapitado que condenádolos à ser infelices toda su vida.*

que tenian los nuestros algun familiar que les decia lo que ellos tenian allá en su pensamiento, y asi fueron todos cada uno por donde mejor pudo porque no les cortasen las suyas, y alejaron las vituallas que traian para la hueste, porque no se aprovechasen de ellas los adversarios.

CAPITULO 47.

De la embajada que Moteuhsoma envió à Cortés.

En yéndose las espias vieron de nuestro Real como atravesaba por un cerro grandísima muchedumbre de gente, y era la que traia Xicohtencatl, y como era ya casi noche determinó Cortès salir á ellos y no aguardar que llegasen, porque del primer ímpetu no pegasen fuego como tenian pensado á las chozas, que si lo hicieran, pudiera ser no escapase español alguno del fuego ó á manos de los enemigos; y aun tambien porque temiesen mas las heridas viéndolas, que sintièndolas solamente; y así puso casi toda su gente en orden, y mandò que echasen à los caballos pretales de cascabeles, y se fué ácia donde habia visto pasar á los enemigos; pero ellos no osaron esperarle con haber visto cortadas las manos de los suyos, y con el nuevo ruido de los cascabeles, los castellanos los siguieron dos horas de noche por entre muchas tierras sembradas de *Centli*, y mataron hartos en el alcance, volviéndose á su Real muy victoriosos. A esta sazon ya habian venido al Real seis señores mexicanos, personas muy principales, con mas de doscientos hombres de servicio á traer á Cortés un presente, en que habia mas de mil ropas de algodon, algunas piezas de pluma, y mil castellanos de oro, y á decirle de parte de Moteuhsoma como él queria ser amigo sino del emperador y de sus compañeros, que viese cuanto queria de tributo cada un año en oro, plata, piedras, perlas ó eslavos, ropa y cosas de las que en sus reinos habia, y que lo daria sin falta y pagaria siempre, y con tal de que aquellos que estaban allí con él no fuesen à México, y que esto era no tanto porque no entrasen en su tierra, cuanto porque era muy estéril y fragosa, y le pesaria que hombres tan valientes y honrados padeciesen trabajo y necesidad en su señorío, y que èl no lo pudiese remediar. Cortés les agradeció su venida, y el ofrecimiento para el emperador y rey de Castilla, y por ruegos los detuvo que no se partiesen hasta ver el fin de aquella guerra, para que llevasen á México la nueva de la victoria y matanza que él y sus compañeros harian de aquellos mortales enemigos suyos, y de su señor Moteuhsoma. Luego tuvo Cortés unas calenturas por las cuales no salia á correr el campo, ni á hacer talas, quemas y otros daños á los enemigos; solamente proveia que guardásen su fuerte de algunos montones y tropeles de indios que llegaban á gritar y escara-

muzar, que era tan ordinario como las *cerezas* que cada dia traian, escusándose siempre que los de Tlaxcàlan no les daban enojo, sino ciertos bellacos otomies que no querian hacer lo que les rogaban ellos; pero ni las escaramuzas ni la fuerza de los indios era tanta como al principio. Quiso Cortés purgarse con una masa de píldoras que sacó de Cuba: partió cinco pedazos y tragóselos de noche a la hora que se suelen tomar, y acaeció que luego el otro dia antes que obrase, vinieron tres grandes escuadrones à dar en el Real, ó porque sabian como estaba malo, ò pensando que de miedo no habian osado salir aquellos dias. Dijèronselo á Cortés, y él sin mirar que estaba purgado, cabalgó y salió con los suyos al encuentro, y peleó con enemigos todo el dia hasta la tarde: retrájolos un grandísimo trecho y tornòse al Real, y al otro dia purgó como si entonces tomára la purga: no lo cuento por milagro, (31) sino por decir lo que paso, y que Cortés era muy sufridor de trabajos y males, y siempre el primero que se hallaba á las puñadas con los enemigos, y no solamente era (que raro acontece) buen hombre por las manos, pero aun tenia gran consejo y discrecion en todas las cosas que hacia. Habiendo pues purgado y descansado aquellos dias, velaba de noche el tiempo que le cabia como cualquier compañero y como siempre acostumbraba, y no era peor por eso ni menos amado de los que con él andaban, y así era muy respetado.

CAPITULO 48.

De como ganò Cortès á Tzimpancinco ciudad muy grande sujeta á Tlaxcàlan.

Subió Cortés una noche encima de la torre, y mirando á una parte y otra vió á cuatro leguas de allí junto á unos peñascos de la sierra, y entre un monte cantidad de humos, y creyó estar mucha gente por allí: no diò parte á nadie; mandó que le siguiesen doscientos españoles y algunos amigos indios, y los demas que guardasen el Real, y á tres ó cuatro horas de la noche, caminó ácia la sierra á tino, que hacia muy obscuro; no habia andado una legua, cuando dió de sùbito en los caballos una manera de torzon, que los derribava en el suelo sin que se pudiesen menear; como cayò el primero y se lo dijesen, respondió, pues vuélvase su dueño con él al Real; cayó luego otro y dijo lo mismo: como cayeron tres ò cuatro dijeron los compañeros que mirase *era mala señal aquella*, y que era mejor

[31] *Solis si lo tiene por tal ¡tales tragaderas tiene este escritor! un hombre reseco con las muchas insoladas, era natural que no tuviera el vientre en disposicion de que luego luego le obrasen los purgantes.*

que se volviesen ó esperar á que amaneciese para ver á donde y por donde iban, y el decirles que no reparasen en agüeros, que Dios en cuya causa trabajaban era sobre *natura*, (32): que no dejaria aquella jornada que le parecia que de ella se les habia de seguir mucho bien aquella noche, y que era el diablo que por estorbarlo ponia aquellos inconvenientes, y diciendo esto se cayó el suyo. Entonces hicieron alto y consultaron lo mejor, y fué que tornasen aquellos caballos caidos al Real, y que los demas se llevasen del diestro, y prosiguieron su camino; pero presto estuvieron buenos los caballos sin haber sabido por qué cayeron, (33) aunque dijeron los indios amigos que los naturales de aquellas partes eran grandes hechiceros, y que con sus embelecos por el demonio hacian aquellas cosas, porque no acertasen á ir los españoles, aunque poco les aprovechó todo ello. Anduvieron pues hasta perder el tino de las peñas: dieron en unos pedregales y barrancos que apenas salieron de allí, al cabo de haber pasado mal rato con los caballos: erizados de miedo vieron una lumbrecilla, fueron á tiento ácia ella, y estaba en una casa donde hallaron dos mugeres, las cuales y otros dos hombres que acaso toparon, luego los guiaron y llevaron á las peñas donde habian visto los humos, y antes que amaneciese dieron en unos lugarejos como aldèas: mataron mucha gente, pero no los quemaron por no ser sentidos con el fuego, y por no detenerse, que les decian como estaban allí cerca grandes poblaciones; de allí entró luego en *Tzimpancinco* un lugar de veinte mil casas segun despues pareció por la visitacion que de ella hizo Cortès, y como estaban descuidados de cosa semejante y los tomaron de sobresalto y antes que se levantasen, salian en carnes por las calles á ver que era, haciendo grandes llantos; murieron muchos de ellos al principio, mas porque no hacian resistencia mandó Cortès que no los matasen, ni tomasen mugeres ni ropa ninguna: era tanto el miedo de los vecinos que huian á mas no poder, sin cuidar el padre del hijo, ni el marido de la muger, casa ni hacienda. (34) Hiciéronles señas de paz y que no huyesen, y dijèronles que no temiesen, y así cesò la huida y el mal que les hacian. Salido ya el sol y pacificado el pueblo, se puso Cortés en un alto á descubrir tierra, y vió una grandísima poblacion que preguntando cuya era, dijeron que *Tlaxcàlan* con sus aldeas: llamó entonces Cortés á los españoles, y díjoles, *ved, que hiciera al caso matar los de*

[32] *De estas mismas palabras y concepto usó Cortés en su relacion à Cárlos V.*

[33] *Seria que los ventocearian algunos zorrillos, ó comerian cebolleja que allí abunda y les da torzon. Véase mi memoria sobre Tlaxcàlan.*

[34] *Repitióse la escena del año de 1811 en el pueblo de Calamacán cerca de Toluca por las tropas reales.*